

A las gentes jurdanas.

A su dignidad berroqueña y generosa.

Para saber más de Las Hurdes el autor recomienda visitar la web del **Centro de Documentación de las Hurdes** y su archivo, además de los interesantes artículos etnográficos de **Félix Barroso Gutiérrez** y **Maurizio Catani**



Año 1998. Otra visita real

Los dos jóvenes periodistas avanzaban por la carretera con su utilitario de ruedas desgastadas. Iban introduciéndose poco a poco en el territorio de Las Hurdes. El fotógrafo conducía tomando de prisa las curvas, preocupado porque iban a recorrer más distancia de lo que habían pensado. Lo que el periódico iba a pagarles en concepto de dietas y kilometraje iba a ser otra vez insuficiente, y el dinero limpio que finalmente cobrarían por aquel reportaje quedaría aún más reducido.

–Me parece, Arturo, que con este trabajito vamos a hacer un pan como unas hostias. No nos va a dar ni para la gasolina.

–¿Y qué te esperabas, amigo? Ya sabes que el periódico anda, como siempre, jodido de fondos. El año pasado le molestó al consejero aquel artículo que se publicó sobre el estado de las carreteras. El director no lo revisó, la redacción lo escribió sin la debida suavidad y, lo que es peor, sin reconocer las magnas obras llevadas a cabo por nuestro querido gobierno regional. Y a ver quién les tose.

–Ya lo sé. Han querido dar un toque a la editora y han reducido más de un sesenta por ciento la publicidad institucional, cancelando además algunas ediciones previstas de esos libros de

prestigio con muchas fotos que acaban durmiendo el sueño de los justos en los sótanos de las diputaciones y las consejerías.

–Y bien sabes que sin esas ayuditas los diarios locales y regionales no aguantan ni unos pocos meses.

–Pues sí, hasta que sucede lo de siempre, que los pringaos como nosotros nos cansamos de no cobrar y nos vamos a trabajar en lo que sea.

–La verdad es que ocurre como en tantos otros oficios en España, siempre hay alguien esperando para ocupar tu lugar, por muy indigno y precario que sea.

Los dos jóvenes callaron, rumiando cada uno de ellos con angustia la cercana posibilidad de quedarse nuevamente en paro. El redactor llevaba cinco años conviviendo con la inestabilidad laboral; y menos mal que su primo le buscó aquellas clases de lengua para repetidores en una academia de Cáceres, porque sin esa pequeña ayuda no tendría ni para el alquiler que afrontaba a medias con su novia.

El fotógrafo hacía también bodas y bautizos para ir tirando, y en realidad ganaba bastante más con eso que con sus trabajos para el periódico. A él le atemorizaba que le despidieran del periódico porque siempre se consideró más un artista que un técnico de la fotografía. Hacer fotos de prensa le sacaba de la terrible monotonía de aguantar en las bodas a cuñados enchaquetados y borrachos a los que tenía que sugerir que se colocaran la corbata o se metieran la camisa en los pantalones para no salir demasiado ridículos en las fotos. Más que nada, porque, si era así, las instantáneas no gustarían, y en alguna ocasión ni siquiera se las habían pagado por haber plasmado a las familias de forma demasiado realista, retratando a alguno de los parientes desastrados y congestionados por el alcohol o con el traje lleno de lamparones.

Mientras pasaban junto a plantaciones de eucaliptos, el articulista recordaba los tiempos en los que empezó a estudiar la carrera al inicio de la Transición. Todos querían entonces ser como los compañeros americanos del Watergate o como mínimo acabar de redactor jefe de El País. Su gran ilusión era hacer periodismo de investigación. En sus fantasías profesionales serían famosos

los casos de gente poderosa que iba a ser desenmascarada en sus turbios negocios por sus artículos. Pero, cuando el director le censuró uno de los primeros por haber recordado el pasado falangista de un socialista de altura en la comunidad autónoma, se dio cuenta de que ya no existía la figura del censor como en el franquismo, pero la publicidad institucional o los negocios de construcción del dueño del periódico ejercerían de la misma manera como eficaces censores.

En poco tiempo, si quería sobrevivir en ese oficio, se vio obligado a algo que era mucho más fácil y efectivo para el poder, la autocensura. En definitiva, se dio cuenta demasiado pronto de que aquellos facinerosos que en sus sueños de juventud iba a desenmascarar mediante su noble oficio de periodista, eran en muchos casos los dueños de los periódicos que le podían dar de comer.

Se despreciaba un poco a sí mismo por hacer solo un periodismo de fax. Un trabajo absurdo que muchas veces consistía únicamente en cambiar de primera a tercera persona la redacción de esos comunicados de los políticos que redactaban con esmero sus compañeros periodistas acomodados en las instituciones. En los momentos de mayor desengaño y desesperación, se veía a sí mismo como un simple pregonero del poder, y se imaginaba con el cornetín de latón del alguacil de su pueblo. Aun así, todavía odiaba con todas sus fuerzas llegar a convertirse en un lameculos de gabinete de prensa de un diputado o un consejero.

–Espero que lleguemos a la foto de los reyes porque luego hay que ir a ver a la vieja esa que vivía cuando la visita de Alfonso XIII a Las Hurdes –dijo el fotógrafo mientras se escuchó rascar el motor al cambiar la marcha del coche.

–Pues ya tiene que tener una edad la abuela, porque el rey vino en 1922 y estamos en 1998, o sea que...

–Como mínimo tendrá cien años, y a saber si ni siquiera nos oye cuando la preguntemos algo.

El Opel Corsa de segunda mano subía las cuestas dejando un humo negro y con olor a aceite quemado, como síntoma inequívoco de los achaques de su añoso motor. Se notaba en la zona

la presencia de la guardia civil local, que iba y venía por la carretera, mientras que otros agentes llegados de fuera vigilaban el recorrido de sus majestades y mantenían a raya a los curiosos. El terrorismo pillaba un poco lejos de aquellas perdidas tierras extremeñas, pero nunca se sabía lo que esa gente del norte podía tramar.

–Mira, ese cartel indica que El Casar de Palomero está cerca.

–Menos mal. Falta más de una hora para que lleguen los reyes y todavía estaremos a tiempo para coger buen sitio en la plaza. Parece que allí van a visitar la casa en la que pernoctó el abuelo de don Juan Carlos y la habitación donde durmió, que ha permanecido igual desde que descansó en ella Alfonso XIII. Creo que antes tú deberías intentar como sea subir a esa habitación, por si te dejan hacer alguna foto.

La plaza estaba ya abarrotada de gente que hablaba en voz alta. Un grupo folklórico afinaba sus bandurrias. A los niños que iban a entregar las flores a la reina y que luego también bailarían delante de los monarcas, sus madres les colocaban las camisas o intentaban limpiarles con saliva las manchas que había dejado alguna golosina en el chaleco. Casi desde que amaneció, las escaleras que a modo de grada subían a un pórtico frente a la casa donde a principios de siglo durmió el rey estaban llenas de vecinos curiosos.

Los dos periodistas saludaron a sus compañeros de la televisión y de las emisoras de radio mientras todos iban de un lado a otro sin saber bien dónde colocarse. De repente, vieron asomar al director del gabinete de comunicación del presidente de la región y se dirigieron hacia él en busca de alguna orientación. Todos le tenían un gran respeto por lo que pudiera pasar, aunque las palabras más suaves con las que le calificaban en privado eran trepa, lameculos o pisamoquetas.

El jefe de gabinete, que sorprendió a todos sus antiguos compañeros porque había cambiado su habitual atuendo por un traje nuevo que le estaba grande y llevaba con escasa desenvoltura, no supo qué decirles, salvo que el presidente de la comunidad autónoma acompañaría a sus majestades y daría dos

“canutazos” en un par de puntos del recorrido, además del previsto y protocolario discurso de bienvenida al jefe del Estado.

Se oyó cierto revuelo en un extremo de la plaza y enseguida se vio aparecer al presidente de Extremadura con su comitiva. Muchos de los vecinos acudían a saludarlo con esa extraña atracción reverencial que siempre han tenido los españoles por el poder. Los mismos padres de la patria a los que paradójicamente y también desde la noche de los tiempos han odiado con fervor, hasta el punto de ser el país con el movimiento histórico anarquista más importante de todas las naciones, y a pesar de que la apabullante historiografía marxista lo haya ocultado y los chavales lleven camisetas del Che Guevara en lugar de vestir otras con el rostro de Buenaventura Durruti o Cipriano Mera. Si los periodistas hubieran retrocedido hasta 1922, se habrían dado cuenta de lo poco que habían cambiado las cosas y lo parecidas que eran la visita real del abuelo y la del nieto.

Pronto aparecieron don Juan Carlos y doña Sofía y el clamor popular aumentó, agitando los vecinos banderitas extremeñas y de España mientras las autoridades los saludaban. Se los reyes hacia la casa de don Acacio Terrón, el diputado y cacique local de principios de siglo que había hospedado al augusto abuelo de su majestad, como apuntó con énfasis un empalagoso erudito local.

Los discursos fueron todo lo previsibles que se podía esperar y, como llovía a cántaros, se hicieron los consabidos chascarrillos sobre cómo sus reales personas habían traído la lluvia, que tan bien venía en aquellos momentos a los achicharrados campos extremeños.

Se hablaba de Las Hurdes en aquel pueblo situado en la frontera de la famosa comarca pero que, al igual que otros lugares del entorno, se había apuntado a aprovechar los visitantes que ese morboso turismo atraído por la legendaria miseria de aquellas tierras comenzaba a atraer desde las ciudades. Y lo que en épocas pasadas se consideraba un baldón, ahora era más que un honor, un mecanismo sencillo de conseguir sustanciosas subvenciones de fondos europeos que luego, manejadas hábilmente por los políticos, se disolverían como un azucarillo.

Era un momento especial para hacer valer los muchos avances que la joven democracia había traído a aquella geografía olvidada. Una hija ya muy mayor de don Acacio Terrón, el “propietario” que alojó a don Alfonso, comentó con gracejo que recordaba cómo el rey llegó muy apuesto a caballo, en mangas de camisa y muy campechano él con su bigote.

En un rincón de la plaza miraban con curiosidad al gentío varios cazadores que habían llegado con sus grandes todoterrenos, sus atuendos de caza con botas de cuero llenas de botones y *caireles*, con sus esposas recién peinadas con sus sombreros y sus ponchos, todos armados con sus escopetas italianas. Eran los nuevos “propietarios” de grandes fincas de caza limitadas por altos vallados que cerraban impunemente los caminos vecinales. Propiedades adquiridas con el dinero más o menos sucio de sus constructoras, a las que venían los fines de semana con sus invitados políticos para mostrarles sus mansiones de campo horteras adornadas de cuernos humanos y de animales, así como llenas de colmillos retorcidos tanto humanos como de jabalíes.

Ya en Pinofranqueado, los dos jóvenes reporteros se pudieron apostar en mejor lugar para escuchar lo que decían el rey y el presidente regional, quien cada dos palabras recordaba cansino que estas Hurdes ya no tenían nada que ver con las que vino a visitar Alfonso XIII, y dejaba caer una y otra vez y sin el menor pudor que su magnífica gestión era la directamente responsable de los grandes avances de la comarca.

–¿Qué es lo último que ha dicho el presi? –preguntó el periodista a su compañero cuando le pareció captar en los discursos algo que podía ser titular en el artículo.

–Me ha parecido oír que afirmaba rotundo que con este viaje se da carpetazo a la famosa película y a aquel libro que originaron la fama de pobreza de estas tierras.

–¡Vaya con Ibarra! Se mete nada menos que con Buñuel y con Marañón.

–Ya me explicarás lo de esos dos personajes, que aquí ya hemos acabado y tenemos que marchar para Caminomorisco, donde seguro que habrá más declaraciones.

–Ese es también otro pueblo de los más grandes y modernos. Parece como si no quisiera la comitiva subir hacia el norte, a la parte alta de los valles, donde todavía se conserva la huella de lo que fueron Las Hurdes verdaderas, con toda su leyenda de miseria, pero también con su gran belleza.

–Por lo menos a Alfonso XIII sí lo llevaron a esas aldeillas más perdidas de la comarca que hoy se van despoblando a marchas forzadas.

–Sabes lo que te digo, que, como ya tenemos las fotos, y para no tener que escuchar lo mismo y ver el mismo ceremonial, nos vamos a subir a ver a la señora centenaria esa, y de paso conocemos algo de lo más interesante y verdadero que pueda quedar en la comarca –dijo el plumilla en un repentino arranque de profesionalidad y sustrayéndose al habitual periodismo oficialista.

–Pues me parece bien, pero ya sabes lo que en realidad le interesa a la dirección del periódico.

–Coge el coche que nos vamos, pero ve despacio que, aunque ya sea una carretera asfaltada, sigue teniendo su peligro y tú eres un poco fitipaldi.

Cuando se alejaban discurriendo entre brezales, todavía resonaban en sus oídos los gritos de las mujeres hurdanas: ¡Sofía, Sofía, más guapa cada día!

–Pues dicen que don Juan Carlos se lleva tan mal con su mujer como don Alfonso se llevaba con la suya, la inglesa Victoria Eugenia, por más que en Pino haya empezado el discurso refiriéndose a esa inglesa que fue su abuela.

–Calla. Ya sabes que han pasado muchas décadas, pero hay determinadas cuestiones borbónicas que siguen siendo tabú.

–Quizá más tabú todavía que entonces. Y, por cierto, ya sabes de sobra que al jefe le interesa más lo que digan los políticos que los reportajes sobre estas gentes pintorescas que los acogen en sus visitas, salvo que esos personajes rústicos sean una buena herramienta de propaganda. O sea, que lo mismo nos damos este viaje en balde si no sacamos a la vieja algo jugoso para la publicidad oficial en loor de la Junta.

–Aunque solo sea por hablar con alguien que ha vivido como los hurdanos que sacaba Buñuel en su película, seguro que vale la pena ir hasta esa aldea. Y además esas ancianas centenarias suelen ser muy fotogénicas y dan mucho juego con sus declaraciones.

–En eso tienes razón. Pero mira esa pista que sube hacia aquellas ruinas. Tómala que quizá desde allí podamos sacar alguna foto panorámica de la aldea. A ver si queda algo de ese aspecto que Unamuno decía que tenían los pueblos hurdanos, como caparazones de tortugas prehistóricas.

–Vamos allá, pero me parece que, como en tantos otros pueblos de España, el ladrillo visto, la uralita y los baldosines en las fachadas habrán hecho estragos. No creo que la arquitectura tradicional sea una preocupación para nuestros próceres culturales.

Subieron hasta la ruinoso construcción. En la fachada lucía todavía algún rótulo de época franquista con el yugo y las flechas. Entre las vigas caídas y los hierbajos se percibían los muros derruidos de un dispensario médico. Detrás, separado por un patio, se levantaba un cuartel de la guardia civil de nueva construcción. El guardia de puerta observaba curioso a los recién llegados mientras, aburrido, echaba un cigarro. Debido a la visita real, era el único número que había quedado en el cuartelillo porque hasta las “civiles” y sus críos se habían ido a ver a los reyes.

–Buenas tardes.

–Buenas tardes. Ya saben ustedes que no pueden hacerle fotografías al cuartelillo.

–No, si solo queríamos tomar alguna vista del pueblo y del valle desde aquí. Por cierto, ¿nos puede usted decir qué son estas ruinas? ¿Se construyeron cuando vino Alfonso XIII?

–Esto que queda en pie creo que es de cuando Franco, aunque quizá hubo antes algún edificio de la época esa de Alfonso XIII, lo que llaman los del pueblo las factorías.

–¿Es que hubo alguna fábrica?

–Que yo sepa, no. Solo era el antiguo cuartelillo, la casa del médico y el practicante y un consultorio, pero no sé por qué lo llamaban así.

–Es curioso. Pero ahí se ven letreros de la época de Franco.

–Sí, porque arreglaron algo en esa época también, cuando plantaron más pinos y se hicieron las escuelas nuevas, que también se están medio cayendo. Y es que, por lo que he oído, el Caudillo dijo que nombraba a los hurdanos ahijados suyos y alguna cosilla se hizo, aunque yo soy de un pueblo de La Vera y no lo conozco muy bien.

–Venga, Arturo, tira las fotos y vámonos, a ver si vemos a la señora esa.

–Tomaré una vista de esas pocas casas con techo de pizarra que quedan allí, porque la mayoría del casco tiene ya un aspecto más bien cutre, sobre todo aquella casa grande llena de balaustres y con pinta de ser de algún emigrado presuntuoso.

–Vale, coge una parcial de ese rincón pintoresco y otra del conjunto. Que se vea el contraste de lo nuevo y lo antiguo, aunque no sé yo qué preferir. Bueno, señor agente, muchas gracias y buen servicio.

–Vale, hasta luego, buenas tardes. ¿Dónde va a salir esto?

–En el suplemento del domingo, creo.

Había poca gente en el pueblo. Algunos vecinos se habían acercado a ver a los reyes en la furgoneta que se utilizaba a diario para llevar a los niños a clase, porque ya el problema no era la falta de escuelas, como cuando el famoso viaje del rey, sino la falta de alumnos suficientes en cada pueblecillo para poder mantener una escuela. Por eso había que juntar a todos los chavales en el colegio de Nuñomoral.

Preguntaron a un abuelo sentado al sol, pero les fue difícil entender lo que decía. Su habla era muy cerrada, aunque entendieron la dirección que les señaló con la garrota y hacia allí se dirigieron. En el camino se encontraron con una mujeruca vestida de negro que cargaba con una brazada de palitroques, ramas secas que luego utilizaría como leña. El fotógrafo enfocó su cámara al personaje, pero ella se volvió y con el índice extendido y dirigido hacia él le espetó con voz aguda:

–Comu le vea el mi *fiju jacermi* ritratus se va a enfadal, que no somus monas.

El periodista empujó hacia abajo con la mano el objetivo de su compañero. Había oído que a los hurdanos les fastidiaba tanta foto que solo va buscando la miseria que desgraciadamente dio fama a la comarca pero que ya había desaparecido hacía décadas. La mujer se dio la vuelta y siguió su camino refunfuñando.

Tras caminar por las callejas empinadas, llegaron a la calle donde vivía la anciana centenaria que querían entrevistar. Era una de las viejas casas jurdanas, pero había sido mejorada revocando las paredes, aunque conservaba parte de la cubierta original de pizarra. La umbría de la calleja hacía que creciera el verdín sobre los muros. El piso había sido hormigonado en los años sesenta, aunque en algunos lugares mostraba todavía sobresaliendo del cemento las lanchas de pizarra originales. Un niño, que jugaba con un camión de plástico y lo llenaba y vaciaba en el montón de arena de una obra cercana, les señaló la puerta en la que vivía la tía Ludi.

Llamaron al timbre, pero como no parecía abrir nadie, golpearon con los nudillos en la puerta reutilizada que había sustituido a la vieja de madera. Una señora gruesa salió con una de esas batas sin mangas y atadas por detrás que tanto gustan a las mujeres rurales españolas, desde Galicia hasta Cádiz.

–Ustés debin de sel los del periódicu que llamarun antiel, ¿no?

–Nosotros somos, pero no queremos molestarles mucho rato. Solo hacerle unas preguntas a su madre, porque supongo que usted será su hija.

–Una d'ellas. Mi hermana s'ha marchau a vel al rey y de pasu a compral algunas cosinas en *Pinu*.

–No les entretendremos mucho.

–La tía Ludi, comu la llaman tos por aquí, está dentru, al braseru. Es mu friolera y, aunque ya estamos en abril, estas casas son mu húmedas y destemplás. Pasin ustés.

Delante de ellos había una anciana cubierta con una toquilla de lana. Su fina piel sorprendía por su tersura y su palidez. Sus ojos vivarachos se levantaron unos segundos y observaron con una mirada verde y limpia a aquellos dos muchachos barbudos. Esbozó una leve sonrisa y después dirigió de nuevo la vista hacia

la ventana. Era una tosca abertura con carpintería de aluminio que se notaba había sido hecha sobre un rústico ventanuco anterior. Apenas pasaba la luz por ella, pero desde allí se podía ver el río y las terrazas que lo bordeaban, con la tierra húmeda y recién removida para preparar su cultivo inmediato.

En esta época la viejecilla se entretenía viendo cómo su vecino Cecilio, que emigró a Barcelona hacía treinta años, volvía siempre al final de la primavera para mimar su huertecillo, aunque ni siquiera recogiera luego el fruto. Le decía a su cuñado que lo aprovechara él, pero era incapaz de dejar baldíos ni siquiera un año aquellos minúsculos pedazos de tierra que tanto trabajo les había costado acondicionar para ser cultivados, a él, a su padre, y a su abuelo.

En la pared pintada de un verde desvaído colgaban varias fotografías amarillentas de grupos escolares con alumnos de diferentes promociones. En cada una de ellas aparecía la tía Ludi de joven con los niños que había tenido a su cargo desde que su novio se marchó y la dejó a cargo de la escuela.

–Buenos días, tía Ludi –dijo el joven periodista con esa especie de simpatía condescendiente que tienen las gentes urbanas con los rústicos, especialmente si son mayores.

–*Güenus* días, siñol –respondió la abuela mirando hacia abajo, a las faldillas de la mesa camilla cubierta con un *hule* donde se dibujaba salpicado de quemaduras el mapa de España anterior a las autonomías.

–Madri, madri. Qu'estus señoris han veníu a verla *dendi* la capital pa que lus habli usté de cuando era moza –dijo la hija levantando mucho la voz para intentar llamar la atención de la anciana.

La mujer pareció sumergirse en un sueño profundo moviendo los labios como si estuviera rumiando viejas historias.

–Ya está mu mayol. A vecis se poni así porque ya tieni la vista mu mal. Se calla y aluegu *ici* que solu ve comu hormigas que pasan *endenanti* de los sus ojos. Peru otras vecis se poni a cascar de los tiempus antiguos y no para.

Después de intentar sacar algunas palabras a la anciana, cogieron algunos datos del relato de sus hijas y tomaron el camino de

vuelta a su casa. Los dos periodistas iban en silencio conduciendo ya de noche.

–¿Qué piensas que vas tan serio?

–Pues mira, Arturo, ¿qué quieres que te diga? Me enfada la idea de que ni con Alfonso XIII que, según he leído cuando preparaba el reportaje, puso problemas a los periodistas en la expedición, ni con Franco por razones obvias, ni con este simulacro de democracia que disfrutamos, los periodistas hemos podido hacer nuestro trabajo con libertad, y desgraciadamente no tiene la situación ninguna pinta de mejorar.

–Mejor no comerse el coco porque habrá que seguir tirando. Me voy a hacer un canuto a ver si cojo el sueño hasta que lleguemos. O mejor ¿qué te parece si dormimos en una pensión que he visto al paso en Vegas de Coria, volvemos mañana a ver a esa mujer e intentamos hacer por una vez periodismo de verdad.

–Pues ¿sabes lo que te digo?, que sí, que mejor nos hacemos allí el canuto, mandamos el artículo por fax y le pasamos los gastos al director diciendo que se ha averiado el coche.

Los buitres se elevaban en círculo sobre un collado en el que, aleteando con algarabía, varios de los abantos desgarraban con sus picos el abdomen de una cabra muerta de parto.



1920

La hormiga intentaba huir de entre los dedos sucios de sus pies mientras la muchacha jugaba a detenerla con una pajilla. Alzó la cabeza, pero vio el pequeño hato con las cabras tranquilas, mordisqueando unos juncos junto al arroyo, y volvió de nuevo a sus recuerdos.

Cuando estaba en soledad, que era casi siempre, llegaba a pensar a veces que ella no pensaba, que durante largos ratos no tenía pensamientos porque su vida no daba casi nada en lo que pensar. Su corta existencia había transcurrido en aquellos valles oscuros desde que su padre la ordenó coger el ganado suyo y el de su abuela, cuatro cabras canijas, y pasearlo durante largas jornadas buscando los escasos pastos que brotaban entre las risqueras de pizarra. Muchos días pasaban sin que viera a nadie en aquel monte de brezales y jarales que recorría arriba y abajo, una y otra vez.

Comerse el puñado de higos secos que traía de casa interrumpía un poco su monotonía diaria, y por eso le agradaba degustar su escasa ración con parsimonia. Ponía los pasiques sobre un trapo cochambroso encima de una piedra y bajaba hasta el río a llenar un pequeño cazo de corcho para beber así el agua más

fresca. Hasta ese momento de la comida que en otras comarcas pobres suponía con su modesto puchero una interrupción en la monotonía, les era sustraído a los cabreros hurdanos, que solamente veían limitada la novedad a cambiar los higos por las castañas pilongas.

Miraba su puñado de higos y pensaba que aquello sí era una frugal colación, esas palabras que se le habían grabado en la memoria porque el cura las empleaba siempre para denominar lo que se podía comer horas antes de comulgar. Eran palabras que la muchacha no había comprendido nunca porque tanto ella, como casi todos los que habían nacido en aquellas sierras ásperas y desoladas, se alimentaban solamente con frugales colaciones durante toda su existencia.

Después de comer, subía entre los jarales por la ladera empinada hasta un lanchón de pizarra que se asomaba al precipicio sobre el valle, junto a un arroyo que se despeñaba, y allí se sentaba para recordar aquel viaje a Salamanca, cuando era casi una niña. Y si llovía, se refugiaba bajo la misma lancha y recordaba aquellos siete días dichosos de aventura, cuando ella y otros jóvenes del pueblo fueron a la ciudad para bailar delante del rey.

Hacía más de quince años de aquello. Ella se estaba convirtiendo entonces en una guapa mocita. Cuando llegó aquella tarde con las cabras de finales del verano, su padre la esperaba. Metió el ganado al fondo de la casucha. Volvió a salir agachándose obligada por la escasa altura de la puerta, y sobre una piedra colocada a modo de poyo se sentó junto a su padre, que a la entrada de la casa pelaba distraído unos habichuelos echando al suelo las vainas en un montoncito.

–Ha veníu el señol cura. *Ici* que, comu eris la más alta de la alquería y sabis cantal y bailal, te va a lleval con otrus mozus y mozas a Salamanca pa que sus vea el rey y así conozca a los jurdanus.

–¿Yo, padri? Si nunca he salíu d'aquí.

–Pos sí. Vas a conocel una capital, y el cura m'ha dichu que te dará un *sayu* y un pañuelu casi nuevu pa que no llevis esus *pingus*.

–Si yo no sé ni hablal, padri ¿cómu voy a *dil* con esus justicias y esus señoritus?

–El cura *ici* que s'encargará de tó y que además nos darán tres durus pa la familia. Que se lo ha dichu el señol *arcaldi*.

Esa noche no pudo dormir. Ni siquiera se puso hasta conciliar el sueño a observar la araña que entre dos piedras hacía su tela en forma de cueva, justo en el lugar donde dirigía su mirada cuando descansaba sobre su cama de helechos. El bicho la distraía entrando y saliendo de su agujero, pero esa noche se le iba la imaginación a la gran aventura que se acercaba para ella, porque en menos de un mes partiría con sus compañeros hacia Salamanca pasando el puerto de La Cruz.

La araña se recogía en el hueco de su tela espesa y esperaba a que alguna hormiga o alguna polilla se acercaran para apresarlas y envolverlas en su hilo para más tarde, en otro momento, chupar sus jugos.

Ojalá fuera ella una araña, y así no se vería obligada a recorrer todos los días las sendas pedregosas machacándose los pies. Solo tendría que atrapar algún conejo entre sus harapos para luego sorberle los jugos como hacía aquel bichejo.

A veces pensaba con regocijo que los de la alquería decían que no era fea y hasta algún forastero despistado la había mirado con deseo, una de esas miradas que hasta las mujeres hurdanas sabían interpretar. A lo mejor se enamoraba de ella en aquel viaje algún señorito y la sacaba de aquellos ásperos serrejonos.

Quando el conejo cruzaba el camino, quedó al descubierto, y el águila, con un giro rápido de su trayectoria, se abalanzó sobre él. Solo quedó de la presa en el suelo una mancha de sangre con pelo gris.

Pedro

Llovía a mares. Sentía que el agua le entraba en sus zapatos viejos. Habían pertenecido a su primo, que los había utilizado para trabajar durante todo el año transcurrido desde su boda. La madre de Pedro se los había pedido a su hermana y los intentó adecentar limpiándolos concienzudamente y untándoles grasa abundante en un intento de disimular el cuero agrietado. Su hijo Pedro, que había estudiado para maestro con tanto sacrificio, no podía ir con albarcas a la diputación de Cáceres para tomar posesión de su primer destino.

Estaba casi seguro de que aquel primer año, tras finalizar sus estudios, no conseguiría comenzar a trabajar en una escuela, pero metido ya el invierno, le había llegado una carta de la diputación para que fuera a tomar posesión de una plaza en Las Hurdes, aquella zona del norte de la provincia que tenía fama de ser tan mísera. Decían que ningún maestro quería ir destinado allí, pero a él no le quedaba más remedio.

Notó con vergüenza que aquel funcionario omnipotente, tras su gran mesa de patas torneadas y sentado en un sillón decorado con sobadas cabezas de león labradas en los brazos, se había fijado en sus zapatos viejos y en su chaqueta de codos gastados.

–Mire usted, no le voy a engañar. El sueldo no hemos podido aumentarlo, pero vamos a tomar las medidas necesarias para que le llegue puntualmente. También hemos dado algún dinero para arreglar la cocinilla adosada a las escuelas hasta que se acaben las obras de la casa del maestro. Así podrá al menos dormir allí al principio de su estancia, y sin tener que pagar alquiler.

Firmó el papel que le puso delante aquel hombre con su mano regordeta adornada con un gran anillo barato y descolorido con aquella piedra enorme. Un escribiente calvo, escuálido, y de rictus también todopoderoso selló el documento y llamó al ujier,

que acompañó al maestrillo hasta la puerta sin ni siquiera despedirse de él. A los dos días Pedro estaba en marcha hacia su destino con tanto miedo como ilusión.

Cansado de caminar, llegó a un cruce de caminos en el último pueblo del llano desde donde se vislumbraban al fondo, cubiertos de negras nubes, los oscuros montes de Las Hurdes. Había acordado con un hombre que llevaba un borriquillo del *ramal*, que transportara sobre él su equipaje. Irían hasta el último lugar comunicado antes de entrar a aquella tierra misteriosa que le habían descrito como un lugar tan pobre y tenebroso.

Las nubes habían descendido desde la sierra hasta la planicie y habían descargado un aguacero intenso y duradero. La manta que le cubría estaba empapada y le pesaba sobre los hombros. Se encontraba destemplado, no sabía si por el frío o por la angustia que le provocaba tener que enfrentarse a unas docenas de críos ignorantes, desarrapados y descalzos en alguna de aquellas aldeas que pintaban tan sucias y desangeladas, adonde no le quedaba más remedio que marchar para ganarse la vida.

–Mala cara le veo. A ver si va usted a enfermar como el poeta famoso ese del Guijo, el pueblo que acabamos de pasar, que parece que cayó malo por una tupina de agua como la que nos estamos dando hoy, y a los pocos días fue al camposanto, por muy famoso que fuera y por muchos ministros que conociera. Además, también era maestro como usted.

–Pues no me extrañaría –respondió cayendo en la cuenta de que el arriero se referiría a José María Gabriel y Galán, vecino de uno de los pueblos de la zona que acababan de atravesar y que era famoso ya entre todos los extremeños.

–Ahora, al llegar al puerto, podremos descansar y resguardarnos un poco del temporal. Hay una ermita justo al coronar que casi siempre está abierta, o al menos nos resguardaremos en el portal.

Durante los pocos minutos que tardaron en llegar calados por la tormenta, el cielo se fue aclarando poco a poco, pero se levantó un fuerte viento que hizo el frío insoportable. Metieron al borriquito en el pórtico de la ermita de aquel collado, donde también se

había refugiado un pastorcillo rodeado de ocho o diez cabras a las que el santero, muy enfadado, mantenía a raya para que no entraran en el templo.

–Te he dicho ya muchas veces, zagal, que no quiero que guardes aquí tus animales. Tú puedes quedarte, pero no me da la gana que las cabras se vuelvan a comer los paños del altar que donó la señorita Remedios –dijo irritado el santero.

–Lo que usted diga, don Higinio

–Y este hombre, ¡qué mala cara tiene, coño! – observó el santero al ver a Pedro– Está usted más blanco que la cal de la pared. Ande, pasen a mi casa que hay lumbre y por lo menos podrán secarse un poco. Que no solo cuidar santos es servir a Dios.

El paisano del burro prefirió quedarse fuera con el animal, vigilando desconfiado el saco de aceitunas que llevaba sobre él. Un buen arriero debía sobre todo custodiar bien la mercancía. El maestro entró aterido en la casa y dio las buenas noches a una viejecilla que faenaba en la cocina colgando en ese momento el puchero de los *llares*. La vieja devolvió el saludo con un gruñido, pero señaló al viajero una silla de *anea* para que dejara sobre ella la manta y un saco viejo de harina atado por la boca donde Pedro llevaba completamente empapado su modesto equipaje.

Cuando la mujer vio que el viajero tiritaba, le indicó que se sentara en un *tajo* de corcho, junto a la lumbre, y echó un par de tocones de oliva para animar un poco el fuego, ya que la noche se presentaba fría y metida en aguas. El pudor no permitió que el maestro se desnudara completamente para entrar en calor, pero al menos se pudo quitar la chaquetilla empapada.

–No es muy pobre la ermita para ser este terreno tan mísero como dicen –comentó Pedro para agradecer el caldo en el que nadaban unos pedazos de patata y que le alcanzó la mujer tras sacarlo del puchero con un cazo.

–Es muy conocida y de mucha devoción en todos estos pueblinos. Vienen sus gentes a visitarla porque su historia todos la conocen y a todos mueve a mucha piedad –contestó el santero, como repitiendo algo que ya había dicho miles de veces.

–Veo que está dedicada a una cruz, que muy rica debe ser para llamar hasta este collado perdido a tantos devotos como dice usted que vienen por aquí.

–Pues rica, rica, no es, porque, aunque ahora esté más adornada, solo era una cruz de palo que puso aquí un pastor hace ya cientos y cientos de años. En estas soledades llenas de bandidos dio siempre compañía a los viajeros, y su historia es cosa curiosa que todos los vecinos de estas sierras conocen bien. Los pedazos que quedan de ella sí que se conservan ricamente adornados en una ermita del pueblo que sí que es bien hermosa.

–Muchas gracias, señora, por estas sopas que me van calentando un poco por dentro –respondió el maestro mientras se hacía visible el vapor de agua que emanaba del cuenco y de sus ropas–. Pero, si son ustedes tan amables, matememos el rato con la historia de esa cruz mientras entro en calor, aunque sé que la habrá contado muchas veces.

–No lo sabe usted bien, amigo, pero solo la gracia que nos hizo la Santa Cruz cuando la pedí que mi hijo no fuera a servir a Marruecos, nos obliga a contarla siempre con agrado, aunque luego el pobrecito muriera en un cuartel de Barcelona escupiendo sangre por la tisis; o eso me dijeron –se lamentó la mujer mientras movía el guiso.

–Pues bien, sepa usted que lo que esta ermita quiere recordar es lo que por aquí llamamos el apedreamiento de la Santa Cruz, que fue famoso sacrilegio de judíos –comenzó a contar el custodio de la ermita.

–Ya salieron los judíos que, si te haces caso de las muchas historias que de ellos se cuentan, parece que hayan provocado todos los males del mundo –comentó sonriendo el maestro algo más templado por el caldo y el calor generoso de las brasas de la leña de olivo.

–Pues judías eran unas cuantas familias que vivían en el pueblo sin que nunca hubieran tenido quimeras con los cristianos. Cada uno estaba a lo suyo, pero era costumbre entonces que los judíos se encerraran en sus casas los días de Jueves y de Viernes